

Suscripción

MADRID Y PROVINCIAS

Semestre... 2,60 ptas.
Año..... 5,00 íd.

EXTRANJERO

Semestre..... 3 ptas.
Año..... 6 íd.

A los vendedores y co-
responsales, 25 ejem-

plares 75 céntimos ::

La Monarquía

Director-Propietario: BENIGNO VARELA

Se publica los sábados.

Número del día 5 céntimos.

Número atrasado 10 céntimos.

AÑO II

No se devuelven los artículos y fotografías
que nos manden espontáneamente y no se publiquen.

Madrid, 28 Septiembre de 1912

Toda la correspondencia debe ser dirigida
al DIRECTOR-PROPIETARIO

Núm. 80

Redacción

y Administración

Corredera, 21

TELÉFONO 3.415

APARTADO 408

Los giros á cargo del

suscriptor Tarifa de

anuncios en la octava

plana

Pagos adelantados



Por el alma de S. A. R. la Serma. Sra. Infanta de España

Doña María Teresa de Borbón.

El lunes 30 del actual y los días 23 de cada mes, durante un año, se dirán misas, de media en media hora, desde las siete hasta las doce, en el altar mayor de la Iglesia de San Ginés (calle del Hrenal); misas, que la Redacción de "La Monarquía", ofrece á Dios Nuestro Señor, por el alma de S. A. R. la Serenísima Sra. Infanta Doña María Teresa de Borbón (Q. E. G. E.)

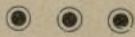
POR SU ALTEZA

Escriben los que tejen su corona.

Las manifestaciones de dolor que en España toda se han hecho por la muerte de S. A. R. la Infanta doña María Teresa, son naturales y sinceras, porque sólo para el bien vivió. Tuve el honor de conversar varias veces con S. A. en funciones de mi cargo oficial, y siempre habló de los pobres y desvalidos. Sin afectación alguna, con la sencillez de la bondad verdadera, ningún sacrificio ni esfuerzo omitió para aliviar la desgracia. Fué hija amantísima que supo imitar las virtudes ejemplares de su augusta Madre; Princesa española que ganó todos los corazones y dió constantes muestras de intenso amor á su Patria; madre amorosa que en la maternidad halló la muerte, para ella vida eterna de los elegidos de Dios.

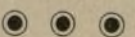
J. de la Cierva.

26 Septiembre 1912.



La fe y la justicia hacen esperar que, así como su cuerpo dejó de existir de pronto, sin dolores ni amarguras, el tránsito desde las luchas de esta vida á los goces de la gloria eterna haya sido también repentino en el alma de la Infanta Doña María Teresa, cuyas virtudes resplandecieron por igual como hija, como esposa y como madre, dejando perdurables ejemplos en su misión de Princesa y en su vida ciudadana.

M. García Prieto.



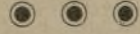
Sólo pensar que la terriblemente dolorosa pérdida de la angelical Infanta ha sido disposición de la Divina Providencia, en sus inescrutables juicios, puede dar á la Real Familia y á la Patria la necesaria resignación. ¡Que Dios conceda á la dolorida Madre, al Hermano entrañablemente cariñoso y al amante Esposo la posible fortaleza en tan amargo trance!

El Conde de Superunda.



Ya que por penosísimo deber me correspondió publicar á los pocos minutos de ocurrido el inesperado fallecimiento de S. A. R. la Serenísima Señora Infanta Doña María Teresa, quiero también ser de los primeros en rendir públicamente el homenaje que de justicia merecen las extraordinarias virtudes de tan excelsa y llorada Princesa, cuyo imborrable recuerdo arraigará tan hondo en el corazón de todos los españoles, como el inmenso dolor que ha producido ver malograda una preciosa vida que se consagró siempre al amor de los suyos y al de su pueblo.

A. Barroso.



«Infantes—escribe Alfonso X en la segunda Partida—llaman en España á los hijos de los Reyes. Ca ellos deben en sí, ser nobles e de buenas maneras, e sin ninguna mal estanza, por razón de la nobleza que les viene de parte del Padre e de la Madre. E tomaren este nombre de Infans, que es palabra de latin, que quier tanto decir como mozo sin mancilla».

Fuera de España llámense las hijas de los Reyes, Princesas; nombre de orgullo y de fausto, sin ese matiz de ternura familiar que hace tan simpático el título de Infanta.

Por eso es más difícil saber ser Infanta que Princesa.

Fero en la serie larga ya y gloriosísima, de Infantas españolas, pocas ó ninguna habrán comparecido ante Dios y ante la Historia, tan nobles, tan «sin pecado é sin mancilla», es decir tan Infantas, como esta María Teresa de Borbón y de Austria, que hoy lloramos todos.

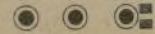
Gabriel Maura Gamazo.



La horrible desgracia que aflige hoy á la Real Familia, llena de consternación el alma nacional, cuyo piadoso dolor halla su expresión en esta frase, por todos los labios articulada: ¡Pobre madre!!!

J. Navarro Reverter.

25-IX-912.



Toda la historia de la malograda Infanta D.^a María Teresa puede condensarse en estas dos palabras de un texto sagrado: PERTRANSÜT BENEFACIENDO.

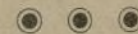
Diego Arias de Miranda.



Dios, al arrebatarla tan joven de esta vida, ha querido grabar con mayor impresión entre los suyos y su pueblo las bellezas espirituales que siempre en ella resplandecieron.

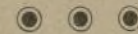
Duque de Seo de Urgel.

Septiembre 26-9-12.



La muerte, al segar una existencia lozana, deja, en el surco de dolores que labra, el pesar despiadado de un malogramiento. El de S. A. R. la Infanta Doña María Teresa perdurará en la memoria de todos, y muy especialmente en la de la Marina.

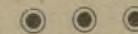
José Pidal.



Rara vez la condición de hija, de madre y de esposa, se reúnen en toda la intensidad de la virtud como en la Infanta María Teresa.

El suprimir de la vida terrenal á un modelo de mujeres, es triste designio de la Naturaleza, mandato supremo de Dios que, aunque no nos explicamos, tenemos la obligación de respetar. Por eso la manifestación de duelo ha estado en proporción de la honradez de un pueblo entero.

Marqués de Portago.



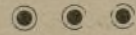
Al así desaparecer de entre nosotros la Infanta Doña María Teresa, tan admirada y querida por sus extraordinarias bondades, sirvenos como único consuelo la consideración cristiana de lo que sus méritos han de valer en la presencia de Dios, para bien de los suyos, para beneficio de nuestro pueblo.

El Marqués de Figueroa.

24 Septiembre 1912.

Si el dolor humano no fuera ante todo humano, la pérdida de las personas amadas que en vida han sido buenas, constituiría un motivo de regocijo; porque la muerte es para ellas, no sólo libertadora de los males de la tierra, sino reivindicadora para el espíritu justo de sus dominios naturales. La Infanta María Teresa era un ángel. Voló al cielo, y deja en el mundo otro ángel, carne de su carne y alma de su alma. Sea éste, para la madre de la augusta muerta, para sus amantísimos hermanos y para el que fué compañero de su vida, lazo de unión con la que está en el cielo, fuente ahora de consuelos inefables, y prenda después de venturas y alegrías, por aquella bendecidas y desde el seno de Dios compartidas y gozadas.

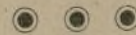
Antonio López Muñoz.



¡Pobre Madre!

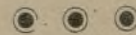
Alberto Aguilera.

24 Septiembre 1912.



Las preces, flores que los monárquicos leales brindamos á Dios por el alma de la Infanta muerta, tienen menos perfume que las rosas de humildad, ofrecidas por los pobres que, contemplaron á S. A., como á una maga sembradora del bien.

Isidre Pérez Oliva.



La Infanta María Teresa era la personificación más acabada de la grandeza del alma española.

B. El C. de Torero.

26-9-912.



En plena juventud, dichosa en el augusto plácido hogar, adorada por los suyos y amada por el pueblo, ha bajado al sepulcro una Infanta tan intensamente española, tan compenetrada con la Patria y con este Madrid, donde viera la luz primera, que al herirla la muerte, ha herido también el alma nacional!

¡Inescrutables designios de la Providencia! ¡Cuando se disponían los festejos de un bautizo; cuando el pecho de una madre amantísima rebosaba de esperanza y de alegría, esa madre desaparece como abatida por el rayo, y el placer se trueca en duelo y negros crespones cubren la cuna donde, momentos antes, sonreía un ángel acariciado por los besos maternos!

El silencio fatídico que sucede á las grandes catástrofes se ve pronto turbado por el llanto amarguísimo de los augustos seres que perdieron á la que amaban, y entre ese gemir y ese llorar; entre esos sollozos se destacaban por su sombría grandeza, revelando que llevaban entre sus pliegues pedazos del corazón, los que exhalaba otra madre, si augusta por lo egregio de su estirpe y por el esplendor de sus virtudes, más augusta todavía por la magnitud de su desventura!

Elevemos al Cielo una plegaria por la Infanta que murió, y elevemos otra no menos sentida, por la Reina que vive, sufre y llora.

¡El Trono fué para D.^a María Cristina asiento de abrojos; la Corona real, corona de espinas! ¡Las treguas que ese tremendo sufrir otorgó algunas veces el Destino, sirvieron, más que para amenguar el dolor, para acrecentarle, al aparecer desgracias nuevas!

¡Señor de las supremas misericordias; ampara y fortalece á la que tanto ha sufrido, á la que ha llorado tanto! Te lo pide postrado de hinojos este pueblo español, siempre noble, generoso y grande, el cual, si ha visto con honda tristeza pasar el féretro que encerraba los restos de la que fué, mira con mayor pena todavía hacia aquella estancia regia, donde se doblega bajo el peso del infortunio, una dama modelo de esposas, de madres y de reinas.

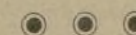
El Barón de Sacro-Lirio.



La Infanta María Teresa era joven, buena, discreta, caritativa, popular y amada por todo el pueblo español. Por eso no puede haber corazón noble y generoso que no se sienta oprimido al ver como desaparece tan brusca y repentinamente, quien supo con su juventud, con su bondad, con su caridad inagotable, con su atractivo irresistible, despertar tan universales simpatías y tan respetuosos afectos. Madrid sobre todo no olvidará nunca á aquella Augusta Infanta madrileña, tan genuinamente española, que, compenetrándose tan admirablemente con su pueblo, gozó de la más merecida y más cariñosa popularidad.

Su memoria perdurará, y en todo tiempo el nombre y el recuerdo de la Infanta María Teresa irá acompañado del cariño y del respeto que supo infundir en todos los corazones españoles.

Natallo Rivas.



«La Gaceta» dispone que el mundo oficial guarde luto por S. A., durante un mes, y el Pueblo, anticipándose al Protocolo, se impuso el luto desde el instante en que, con emoción intensa, tuvo conocimiento de haberse extinguido la vida de aquella Dama que supo escribir en la Historia de su Patria una hermosa página de ternura y de bondad.

Texifonte Gallego.

La Infanta doña María Teresa ha muerto.

(Los periódicos.)

..... nada puede como un grande dolor engrandecernos.

(«La Noche de Mayo».) — A. de Musset.

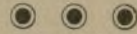
Traducción de G. Belmonte.

Son heridas que en el alma producen las horribles crueldades de la existencia.

Sufrir y padecer; llevar lacerado el corazón y roto el pecho, macerar la dicha y soportar la desgracia, es sarcasmo del destino, dura prueba de una Divinidad que premia y que castiga.

Resignaos, cristianos, porque «nada puede como un grande dolor engrandecernos».

José M. Zorita.



Modelo de hijas, de esposas y de madres, supo inspirar en todos los corazones sentimientos de respeto y simpatía.

Con alma tan hermosa obtuvo el cariño de todos, y al morir tan infausta como prematuramente, querida, respetada y admirada, el dolor por tan inmensa desventura, es unánime y nacional.

Lloro muy de corazón tan gran infortunio.

José I. de Sabater.

26 Septiembre 1912.

Con las alas plegadas, evitando el ruido; traidora, artera, bajó la Muerte para segar la Vida.

Era una vida de serena virtud, de venturosa dicha; feliz por amar y ser amada.

Al exhalar el postrimer suspiro, su alma, entre bendiciones y plegarias cruzó el espacio y se elevó hasta el cielo.

¡Feliz el que se va! ¡Triste el que se queda!

Junto al inerte, inanimado cuerpo, la desolada madre que sufrió rudos golpes en sus más hondos afectos, vacilante la razón por el dolor, piensa si es lícito rebelarse contra la repetida prueba.

Llora el esposo, inconsolable, la felicidad perdida; Solloza el hermano, que no puede ahogar en lágrimas el sentimiento.

Lo que la Infanta Doña Paz, madre amantísima de la llorada Infanta Doña María Teresa, escribió en una época feliz.

Nymphenburgo, Mayo de 1909.

¿Cómo contar esta vez mis impresiones? Un telegrama, anunciándome que tenía un segundo nieto, me hizo atravesar, con mis hijos Adalberto y Pilar, la distancia enorme que separa a España de Alemania, contando las horas que me faltaban para abrazarlo. Llegamos cerca de media noche a Madrid; mi hijo Fernando me dijo ya en la estación:

«María Teresa quiere que entres un momento en su alcoba»; y, en efecto, con una sonrisa de triunfo estaba esperando el momento en que yo retirase las cortinas de la cuna y contemplara el hermosísimo nieto que me había dado. Después de besarle muy dulcemente, para no despertarle, abracé a la madre y le dije con autoridad de abuela: «Ahora duerme, que ya es muy tarde».

Fernando nos enseñó detenidamente los cuartos, que con tanto cariño habían arreglado para sus hermanos y para mí, y declaró que él no se marchaba de nuestro lado hasta que yo no le echase; ¡qué difícil era echarle...! ¡pero le eché! Al cabo de dos horas, que nos parecieron cinco minutos, tanto era lo que teníamos que decirnos!, frunci el ceño, puse la cara severa de las grandes ocasiones y exclamé: «ea, niños, a la cama».

Por la mañana me despertó el rebuznar de un burro, que me pareció música; salté con alegría de la cama, y al abrir la ventana caí de rodillas, como Sancho Panza, al divisar su pueblo: delante de mí estaba la Virgen que apareció en un muro, cuando el Cid tomó a Madrid. Lo he dicho muchas veces: ¡qué manera tiene el cielo de contestar cuando se reza de veras!

Hace veintiséis años, mi hermano ponía la primera piedra del templo de la Almudena, y en aquel momento me trajeron un pergamino para que yo lo firmara; pasé la vista por él muy asombrada, y me encontré con que, por una de esas delicadezas del corazón español, que tan finamente solía sentir el Marqués de Cubas, emprendedor de tan magna empresa, habían querido enterrar en los cimientos de la nueva Catedral de Madrid una oración que yo había hecho. En ella le pedía a la Virgen que no diera a los seres queridos más que alegrías, y que si fuese necesario, cambiase por las mías sus pesores:

¡Oh! Virgen buena, lo imploro ante tu imagen de la Almudena.

decía yo, y la Virgen me oyó. Hay momentos tan crueles en la vida, que cree uno que el cielo está sordo. Pasé horas muy amargas cuando murió mi hermano; pero con los años fueron creciendo mis hijos, y tuve un terreno fecundísimo para derramar mi cariño; esas tres almas se empaparon en todos mis sentimientos, y sin haber abierto en mi vida un libro de pedagogía, se han formado junto a mí sus caracteres, y ninguno de los tres me ha dado nunca el menor disgusto. La única nube en mi felicidad era el estar tan lejos de España...; pero ahora estoy aquí.

No sueño, no; esas montañas azules son el Guadarrama, y ese fondo de los cuadros de Velázquez no está pintado, sino que son en realidad las encinas de El Pardo; y aquel hilo de plata que se divisa allá abajo es el Manzanares; y aquellas manchas blancas no son nieve, sino la ropa puesta a secar al sol por las lavanderas; y pasan por la cuesta alegres grupos de muchachas con sus clásicos botijos, que apoyan en la cadera, al mismo tiempo que pasan arrebujadas en el mantón con una gra-



S. A. la Infanta Doña Paz que llora la pérdida irreparable de su hija.

cia natural que aprecian muy bien todos los que vienen del Norte, y que su charla sube melodiosa hacia mi ventana. Es, en efecto, aquella lengua en que yo balbuceé mis primeras palabras...! Me quedo un gran rato en la ventana atracándome de luz, de calor y armonía, hasta que mis ojos se encuentran con los del guarda de la Cuesta de la Vega, y nos sonreímos; esa sonrisa encerraba todo un discurso de bienvenida.

El primer chocolate y vaso de agua con azucarillo, después de tanto tiempo, fué para mí un suculento banquete. Con la alegría de abrazar a mis hijos la noche anterior, se me había olvidado ese detalle, y pedí por costumbre café: «Yo estoy contento porque te puedo ofrecer y he mandado que te den chocolate», me dijo entusiasmado Fernando con ese cariño

que no olvida el menor detalle. Así me pareció doblemente rico mi desayuno.

Bien temprano era todavía cuando bajé con él al cuarto de María Teresa, donde me esperaba ya mi nieto mayor, y allí me explicó que a las cuatro era el bautizo, que él y yo iríamos a Palacio en un coche con mis dos nietos, y en otro Adalberto y Pilar. Me alegré mucho del plan y a renglón seguido me llevó a enseñarme toda su casa; es muy hermosa: hay tapices y objetos de arte de gran valor, pero lo principal es que se ve en todo el gusto con que han arreglado juntos su vivienda, y que el uno ha sabido tomar como cosa suya los recuerdos del otro y las dos vidas se han fundido en una sola. Allí están todas las chucherías que le dábamos de niño, y los cuadros y acuarelas con que adornó más tarde su cuarto de

teniente; no ha desechado nada y me miraba con sus ojos azules cada vez que pasábamos delante de uno conocido: «le he cambiado el marco», me dijo señalando la batalla de Bailén, pintada por Rodríguez Tejero; «has hecho bien», le contesté, el cuadro resalta mejor así y el episodio merecía mejor marco.

Llegó la hora del bautizo, y nos pusimos todos, lo mejor que pudimos, los trapitos de acristianar. Hubo una pequeña batalla para ponerle guantes al nene mayor; pero yo sallé a su defensa diciendo que los llevaríamos en la mano; se consoló, y enseguida olvidó lo de los guantes, cuando asomado a la ventanilla del coche de gala, miraba los caballos de la escolta, y así, contentos todos, al son de la marcha de Infantes, entramos en la plaza de Armas.

«¡Mirale qué mono», decía la gente, y como si lo comprendiera, y yo estoy segura que lo comprendía, saludaba con su manecita, y yo me ponía tan hueca. Algunas mujeres del pueblo me gritaban: «Dios le dé salud pa verlos criaos». ¡La verdad es que no hay corazón como el del pueblo español! ¡Y cómo subí yo la escalera de Palacio, entre los alabarderos y rodeada de mis hijos y nietos! Mi hermana Isabel me hizo el efecto de una válvula de seguridad, y al verla exclamé, sin poder evitarlo: «¡A mí me parece que son todos muy presentables! Ella se echó a reír, pero a la vez asentía a mis palabras con un movimiento muy expresivo de cabeza.

Terminada la ceremonia, llevamos al nuevo cristianito a su madre y pudimos asegurarle, que el mayorcito se había portado muy bien. El reconoce su superioridad sobre su hermano, y cuando por las noches se despierta de todos, se acerca con cara de pillín a la cunita y le dice con mucha formalidad: «Adiós, Pepe». ¡Todo es tan español en aquella bendita casa de la Cuesta de la Vega! Está emplazada en el antiguo muro del «Madrid», castillo famoso que al Rey moro alivia el miedo», y se podía escribir un libro entero sobre las cosas que pasan, como en un cinematógrafo, por la Cuesta de la Vega. Quien mejor podría ayudarme en esa tarea, sería mi nieto. El conoce de lejos todos los sonidos, el relevo de los centinelas, los carros, los coches y caballos, las campanillas de las cabras que suben por la tarde, y los últimos días saltaba de gusto al oír el pandero de unos gitanos, que hacían bailar un oso y un mono delante de su ventana. Hay mujeres que vienen por la tarde a sentarse en los poyos de la verja, para tirarle besos. Lo más bonito es al mediodía, cuando traen las mujeres la comida a los obreros y se sientan al sol con sus niños a comer juntos. Se respira tanto cariño en el aire, que más de un millonario cambiaría con gusto el suntuoso comedor de su casa por aquellas piedras bajo el cielo azul.

La gran alegría de mi nieto es cuando oye, a lo lejos, los clarines de Lusitania; para él ese sonido quiere decir: «Papá». El Domingo de Pascua se oyeron vibrar muy de mañana esas notas alegres en todas las habitaciones de la casa; cada cual salió a su ventana, yo desde la mía había visto primero el polvo por la carretera de Carabanchel, y luego, poco a poco, logré percibir los caballos y los uniformes azules, y por fin una cabeza rubia, que había dormido muchas veces en mis brazos; en la ventana, debajo de la mía, veía otra cabecita rubia y unos bracitos agarrados al cuello de su madre. Por un instante quité mi vista de ese cuadro, para fijarla en la Virgen del muro que tenía enfrente. Era ese día la jura de banderas y pasaban las tropas para formar.

Algún tiempo después estaba á la puerta un caballo precioso con la montura de la artillería bávara; montó en él Adalberto y fué á agregarse al séquito del Rey. Mi hija y yo nos dirigimos en coche á la tribuna levantada frente al altar, en que iba á decirse la misa de campaña; como llegamos muy temprano, pudimos ver cómo se iban colocando todos los regimientos, y para más alegría el de Lusitania estaba bastante cerca. Después me preguntaba todavía Fernando: «¿viste donde yo estaba?» ¡Qué pregunta! ¡Cómo no lo había de ver! Yo, aunque no tengo la mirada muy estratégica, los encuentro á ellos entre una multitud por muy distantes que estén. Antes de que mi misma hermana Isabel, que todo lo ve, se hubiese enterado, le dije: «allí viene el key». Había visto muy lejos brillar al sol un puntito rojo y sabía que era el penacho de gala del artillero bávaro, que acompañaba á su primo. ¡Qué bien subían aquella mañana los oraciones al cielo durante la misa! María Teresa, que conoce mi manera de sentir, porque es la suya, me dijo luego por la noche: «Sé que has rezado por los soldados, yo lo hago siempre». Sí, pedí á Dios que librara de todo mal á esos chicos, que dejan á sus familias y sus pueblos para servir á la patria.

Oí aquellas voces juveniles que respondían al juramento, que les pedía el Obispo de Sión, y los ví acercarse uno á uno á la bandera y besarla con veneración. Ha sido una idea muy

importante del Rey dar tanta solemnidad á la jura de la bandera.

De su talento y buena voluntad no puede dudar el pueblo español; yo se lo aseguro y él sabe hacer y ha hecho algunas variaciones, que dan doble importancia á los actos. El Viernes Santo, por ejemplo, ha cambiado la fórmula del perdón de los reos. Cuando en aquellos momentos de imponente silencio, que preceden á la adición de la cruz, se adelanta el Obispo de Sión y le pregunta con las sentencias de muerte en la mano: «Señor, perdona V. M. á estos reos condenados á muerte por la justicia humana? ya no responde con las viejas palabras: «Yo los perdono para que Dios me perdone»; sino que generoso y bueno, responde con su nueva fórmula: «Que Dios me perdona como yo los perdono». Por cierto que es este un acto que, aunque se presencie mil veces, siempre emociona.

La Semana Santa, con todas sus ceremonias, á las que he asistido, después de tantos años de ausencia, en mi antiguo puesto en la capilla de Palacio, ha sido también fuente de impresiones y recuerdos, tanto más, cuanto que el Rey ha dicho que puedo en adelante ir con mi marido y mis hijos al puesto que me corresponde allí como Infanta. No es por orgullo de alcurnia, sino porque me gusta que me consideren como cosa propia, como decía el Dr. Tolosa Latour en un artículo, que tanto le he agradecido.

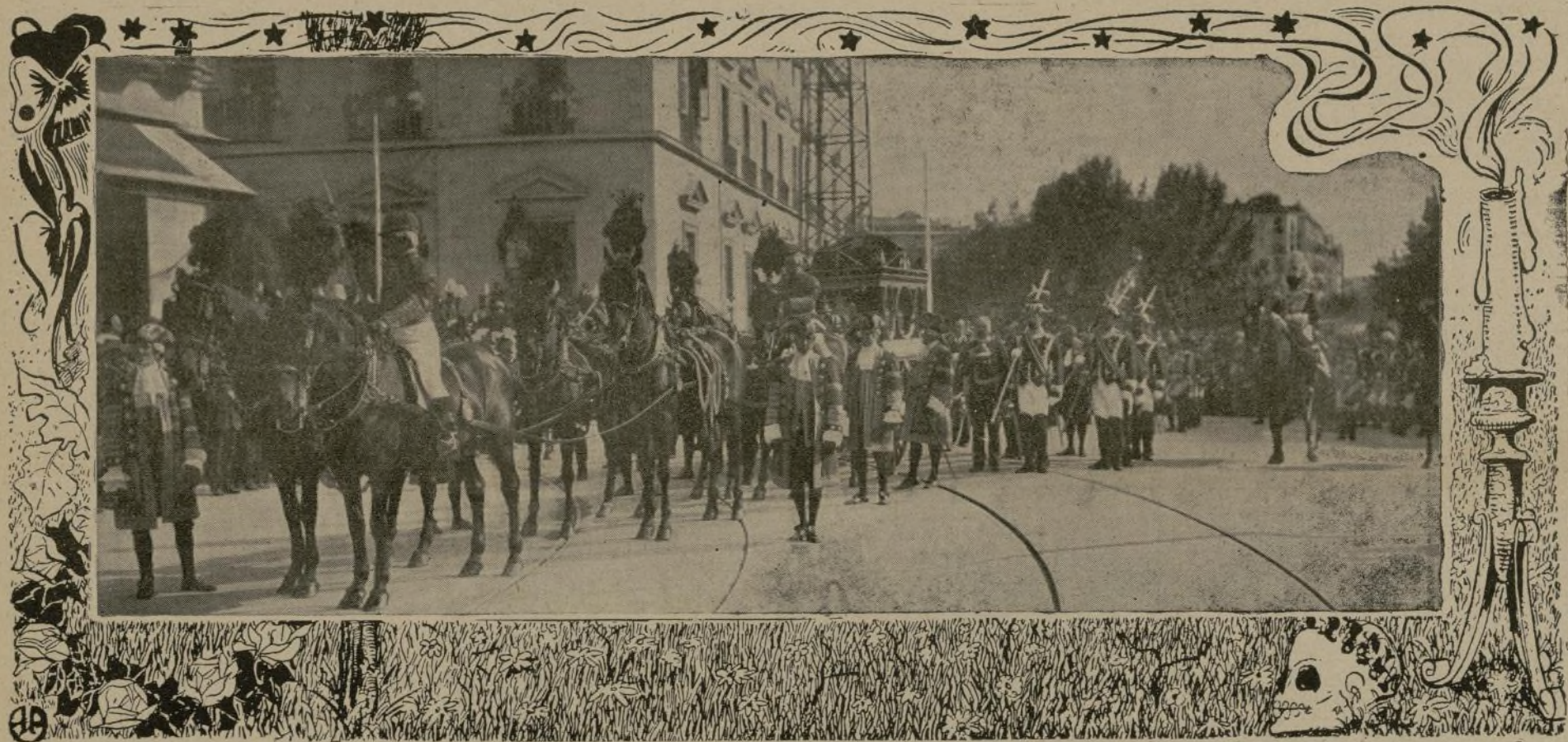
Y es verdad que me consideran como cosa propia, sobre todo desde que les cuento mis impresiones. Todo el mundo me habla de ellas y se acuerdan de todo lo que he dicho. Hasta un americano, que viajaba en el mismo tren que yo, cuando oyó pronunciar el nombre de la Infanta Paz, se deshizo en palabras de agradecimiento por los buenos ratos que mis impresiones proporcionaba á toda su familia. Es natural que escriba con gusto cuando veo que no me olvidan.

Una mañana volvía yo de la parroquia de Santa María, donde hubiera queriao que me dejasen, como antiguamente, rezar arrodillada en el suelo, sin forzarme, con perjuicio de mi tranquilidad á coger un reclinatorio, que, después de todo, es más incómodo que el mismo suelo, y se me ocurrió entrar á ver el estado de las obras de la Almudena; creí que nadie me conocía, y fui á depositar mi óbolo en el cepillo, que está á la puerta, cuando en esto oigo una voz que me dice: «Entre, señora, y verá qué adelantado va esto». Era el guarda de las obras; le seguí y pude, en efecto, ver lo adelantado que va aquello, puesto que ya está completamente terminada la cripta, que es, por cierto, una maravilla de arte; si se mira uno por uno los capiteles de las columnas, no se encuentran dos iguales. En cuanto se pongan los altares, la hermosa cripta podrá abrirse al culto. El Arquitecto, Sr. Repullés, no estaba ya en Madrid aquel día, había salido

para Salamanca, porque yo quería que antes de que mi hijo Adalberto, á quien se le acababa la licencia, volviese á Munich, viese aquella hermosa ciudad, de la cual le había hablado tanto D. Gonzalo Sanz, y diera un vistazo á las obras de la Basilica de Santa Teresa en Alba de Tormes, para que, cuando nos oyera calcular, contar y soñar horas y horas, como lo oye, tuviese una idea de la magnitud de la empresa.

El día antes de nuestra salida para Salamanca le impuso el Rey el collar del Toisón de oro. Yo presencié la ceremonia detrás de una puerta. Era un cuadro atrayente y bonito. Los caballeros todos alrededor de la sala y el Rey joven junto á la mesa con el Crucifijo y los Evangelios. El ministro de la Orden anuncia el nombre del nuevo candidato: Príncipe Adalberto de Baviera, y entonces el Rey, volviéndose á hijo Fernando, le dice: «Id y preguntad si aceptas». En tanto iba oyendo el lenguaje antiguo del ritual de la nobilísima Orden, que recuerda nuestras glorias pasadas; yo vi á mis dos hijos inclinarse ante el hijo de mi hermano y oír á Adalberto prestar juramento y le vi levantarse ya con la histórica cadena alrededor de su cuello. «Muchas gracias», fué lo único que le dije al Rey aquella noche, pero él sintió que esas dos palabras salían muy del fondo del alma.

Paz de Borbón,
Infanta de España.



EL ENTIERRO DE SU ALTEZA DESFILANDO POR LAS CALLES DE MADRID.

Hacia el rincón de paz.

Aquella que en vida fué la muy alta y poderosa señora Infanta de España y Princesa de Baviera, Doña María Teresa de Borbón y de Austria, reposa ya eternamente bajo las inmensas bóvedas de El Escorial; la que durante toda su existencia, dedicada al bien, fué modesta, humilde y buena, descansa junto á sus gloriosos antepasados en aquella tumba que mandó erigir uno de sus abuelos, el gran Felipe II, y mientras el cuerpo de la nieta de Reyes, hija de Reyes y hermana de Rey, de la descendiente ilustre de las dos Casas Reales más nobles del mundo, se pudre entre el fausto fúnebre que rodea á quien ocupó puesto preeminente en las gradas de un Trono, su alma immaculada, santa y pura, vuela al cielo á ocupar allí, á la diestra de Dios, el sitio que por derecho de bondad le corresponde, preciado ornato de santidad en otro Trono sublime, infinitamente superior á todos los Tronos de la tierra: el Divino.

Triste cosa es dejar la vida en plena dicha, cuando la alegría de un hogar feliz rodea á una existencia por entero dedicada á los gozces puros de la familia entre el tierno amor de sus hijos, de su esposo, de los padres y de los hermanos, y cuando la conciencia está

tranquila, pensando en que fuera de estos santos deberes, sólo se ha dedicado á esparcir el bien por todas partes y sobre todas las cosas; pero algo de consolador hay también en ver—si desde el alto cielo dirige al mundo sus miradas—el inmenso dolor por todo un pueblo sentido, las grandes manifestaciones de cariño con que una imponente masa de población despide para siempre al ángel de bondad que fué protectora de los pobres, amparo de los desvalidos.

Esto pensaba yo, lleno de pena, al cruzar las calles el día del entierro de nuestra olvidada e Infanta Doña María Teresa.

El cielo gris, como cubierto por velo de tristeza el día de su muerte, ha roto hoy sus celajes y da paso al sol, que ha querido lanzar sus rayos de luz sobre el camino que había de recorrer por última vez la que fué siempre luz de cariño y de bondad para cuantos la rodearon; las tropas cubren la carrera, y á duras penas contienen á la compacta muchedumbre, que muda y emocionada, se estruja y se amontona para ver pasar, en su caminar último, á la querida Infanta, á la popular Princesa; frente á su Palacio, un vistoso é inmenso conjunto de personas luciendo va-

riados uniformes esperan el féretro real con el mismo doloroso sentimiento retratado en sus semblantes; son los que constituyen las privilegiadas clases de la Nación, Ejército, Nobleza, Gobierno, Magistratura, altos dependientes del Estado; de vez en vez, el sordo retumbar del cañón extiende por el espacio una nota intensa de muerte y desolación.

En el portal del Palacio hay un grupo que llama la atención, son: las Duquesas de San Carlos, de la Conquista, de Santo Mauro, Marquesa de Squilache y otras damas de la Corte, modesta y sencillamente vestidas de negro, con negros velos, destacándose sobre el tono sombrío de sus trajes la sangrienta pincelada del lazo rojo de Damas de la Reina, que han querido no separarse hasta el último instante de la que fué su augusta señora.

Sus aspectos de íntima y dolorosa pena, sus rostros demudados, sus ojos arrasados en lágrimas, atraen las miradas de todos, que comparten sus sentimientos; no hablan; inmóviles, en su ademan se las ve sufrir; la de San Carlos, muda y silenciosa en tal instante, no cesa de enjugar con el albo pañuelo las lágrimas que se desprenden de sus ojos; la de la Conquista, Camarera Mayor de la venerada

Reina Cristina, alza intranquila su mirada hacia los cerrados balcones, tras los que se adivina á esa admirable Señora, á la martirizada Reina Madre, alma santa desgarrada por todos los dolores, corazón herido por los más horribles sufrimientos, que en aquel momento caía desvanecida, transida por la pena, en brazos de su ya único hijo, nuestro egregio Monarca que, haciendo violencia sobre la magna intensidad de su dolor, al pensar en la amadísima hermana muerta, tenta que enmascarar sus sentimientos para consolar á la inconsolable; y en todos los semblantes había la misma señal marcada de tristeza y angustia, que la Infanta buena y misericordiosa había sabido inspirar á todos los mismos afectos de amor y de respeto, igual á los grandes que á los humildes. Momentos antes se desarrolló una escena sentimental y emocionante, al enterarse del fallecimiento de la augusta Princesa la pobre anciana que fué su nodriza en los albores de su vida.

Hay un gran movimiento en la multitud expectante; suenan las notas solemnes de la Marcha Real, tocadas por las músicas militares, llenan el ambiente las cortesanías de

los Alabarderos; vibran los clarines de la Escolta Regia, y, en hombros de sus servidores, cruza por última vez el pórtico de su palacio el cuerpo mortal de la malograda Infanta, encerrado en la dorada envoltura de su féretro.

Corren las lágrimas por muchos rostros; el semblante viril del Infante Don Carlos, que preside el duelo, de este simpático Príncipe, tan dueño de sí siempre, traiciona su sentir y se contrae en gesto doloroso. La brillante comitiva se pone en marcha, las tropas abren camino, los Gentileshombres, los Mayordomos, los Grandes, con sus recamados uniformes, los Prelados, la Milicia, la Diplomacia, todo este mundo, que á oleadas se agolpa allí y que son todas las fuerzas vivas del país, se llevan consigo la envoltura terrena de la angelical Infanta, separándola de aquel Palacio blanco en que queda toda una familia destrozada de dolor, mientras todo un pueblo llora por la que fué su protectora, por la que sólo respetuoso amor encontró á su paso, por la que sólo deja tras sí cariño y simpatía, y no se lleva ni la sombra de un rencor, ni el asomo de una mala voluntad.

¡Pobre y gentil Infanta! ya no volverá á cruzar el portico de su casa feliz, llevando

tesco coloso al que arrancan su más preciado tesoro. Y es que sabe que ya no atravesará más sus regias estancias la que ha sido de niña la alegría del egregio hogar y de mujer el ángel bondadoso, consolador de todas las penas, de los dolores todos; la que hoy, desde la región celeste, será sombra protectora que vagará por los inmensos salones, velando por los seres queridos á quienes tanto amó.

La estación del Norte rebosa de gente; se ha cumplido con lo que el ceremonial palatino dispone; el cuerpo de la malograda Infanta descansa en el fúnebre furgón, rodeado por los monteros de Espinosa, que le hacen la guardia postrera; ante él ha desfilaro con intensa emoción y respeto toda la inmensa comitiva; el Infante D. Carlos sube al tren, suena un silbato, presentan los alabarderos sus arcaicas armas, llena el espacio los acordados sonos de la Marcha Real, atruenan los zumbidos del cañón, trepida el ferrocarril y parte el doloroso convoy, llevándose para siempre á la Infanta digna de todas las adoraciones; las lágrimas se agolpan á los ojos.

¡Adiós, Infanta María Teresa! Dejas la tierra, que tan prematuramente abandonas, para ocupar el lugar que te corresponde junto al Trono del Altísimo. Desde allí deja descen-

Ese ruego patentiza la modestia de S. A. y sus arraigadísimas creencias religiosas.

El pueblo de la Infanta.

La Infanta doña María Teresa no tenía gran afición á adornarse.

En una de las ceremonias que se celebraron en Palacio, con ocasión de la boda de la Princesa de Asturias, llamó la atención la modestia con que aquel día se había ataviado S. A., y no faltó quien discretamente hiciera alusión á ello.

Al día siguiente se celebraba una recepción en el Ayuntamiento. La Infanta asistió con el más rico de sus trajes y llevando sus alhajas más valiosas, y como la persona en cuestión la felicitara por su gentileza y lo espléndido de su *toilette*, S. A. contestó orgullosamente:

—Es que ayer me vestía para mí, y hoy me visto para mi pueblo.

Madrid era para la Infanta el pueblo más querido, y siempre hablaba de él con entusiasmo, asegurando que no lo abandonaría jamás.

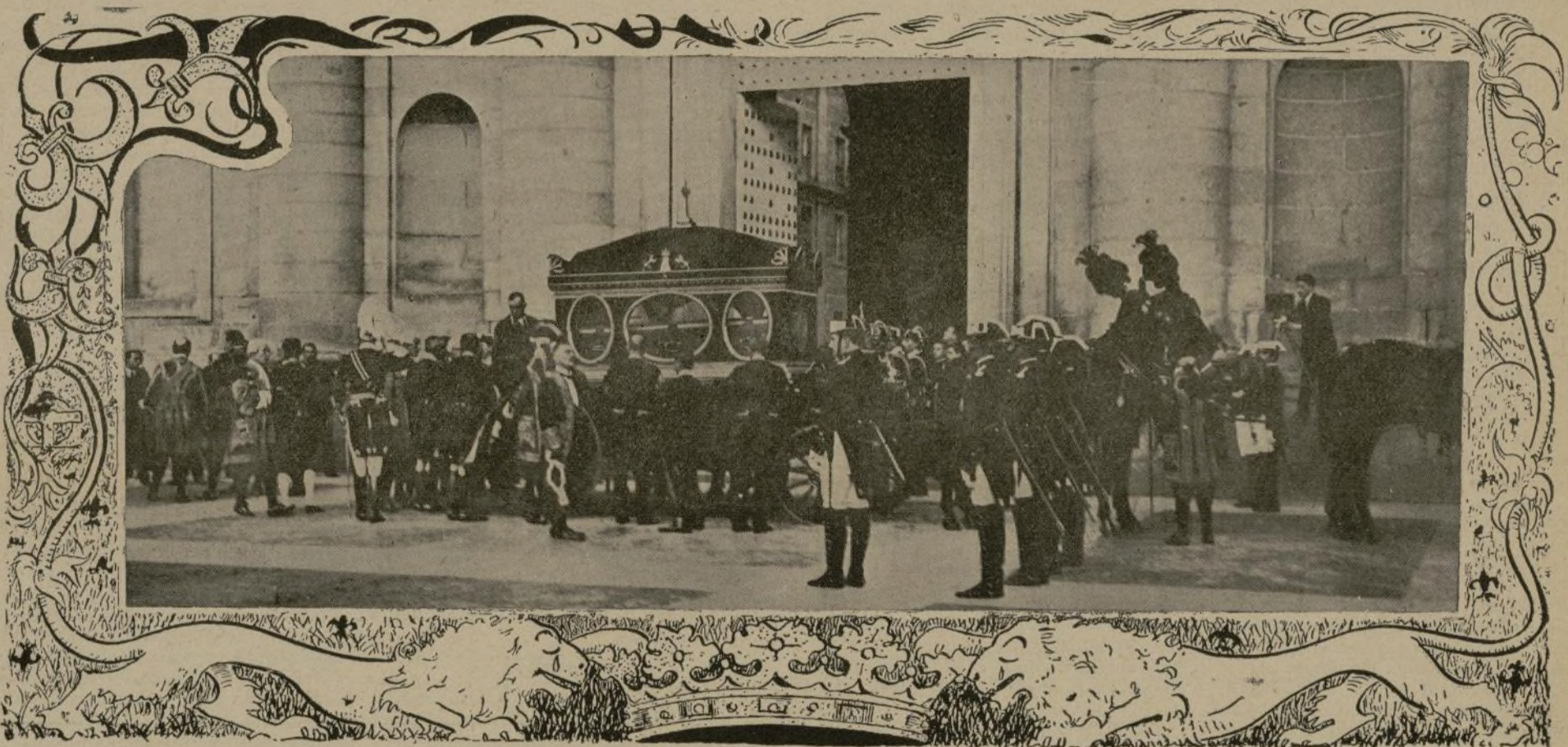
lud del Rey, dirigiendo su educación y preparándole para el cumplimiento de sus altos destinos.

El término de la Regencia, por haber llegado á la mayor edad D. Alfonso XIII, sólo fué un alto en el calvario recorrido por la Reina madre; pues bien pronto se reanudaron sus zozobras, á causa de los criminales atentados de la rue de Roham, en París, y de la calle Mayor, en Madrid, impidiendo que su alma se entregara de lleno á saborear la ventura de ver á su hijo en el Trono.

Pero los dolores más grandes que han traspasado su corazón, después de la pérdida del esposo querido, fueron la muerte de sus hijas, cuando una y otra disfrutaban por entero de la felicidad que el destino implacable sólo había permitido gozar por poco tiempo á su augusta madre.

Ante este horrible infortunio, el pueblo español, siempre noble y generoso, ha de sentirse conmovido, y no habrá corazón, por duro que sea, en el que no encuentre eco simpático la inmensa tribulación de una madre á quien persigue tan cruelmente la desgracia.

En el cariño de los suyos, y en el respeto y la admiración del pueblo español, encontrará



EL ENTIERRO DE SU ALTEZA EN EL ESCORIAL.

amorosa y con su buena sonrisa, á sus hijos de la mano, para ir á la vecina Almudena— hoy cubierta de negros paños— á enseñarles ya desde chiquitos á ser buenos, á ser compasivos, á ser caritativos, uniéndolos á sus nobles empresas de socorrer al pobre, de darle vestidos, pan, socorros materiales, y de darle también el socorro moral, el inapreciable regio don de su sonrisa, de sus atenciones y de sus cuidados, exhalaciones venturosas de su alma de santa.

Ya no atravesará más el umbral de su palacio para ir como cristiana y como verdadera madrileña á humillarse á los pies de la Santa Virgen de la Paloma, ofrendándole la Princesa popular y querida lo de más precio para ella, los pedazos de su alma, sus tiernos hijitos, é impetrando los favores del cielo para su Real Familia y para su amada España.

La fúnebre comitiva cruza por entre las filas apiñadas de la inmensa muchedumbre que cubre la carrera; la plaza de San Marcial es un mar humano; en la Plaza de Oriente las cabezas hormiguean incontables; en todo el trayecto la multitud, que ha querido rendir su último tributo á la adorada María Teresa, es infinita; reina un silencio desolador; en muchos ojos no se pueden contener las lágrimas, y surcan éstas los semblantes en mudo y elocuente homenaje de cariño á la Infanta santa, á la Infanta buena, á la Infanta misericordiosa.

Pasamos frente al Palacio Real, que hosco en su inmensa mole, todo cerrado é imponente, parece pregar su duelo como gigan-

der hasta nosotros los effluvis de tu dulce mirada, y vela siempre por tu santa madre la Reina Cristina, mártir sublime, conocedora de todos los dolores, de los sufrimientos todos; por tu esposo amado, á quien tanto quisiste y que tanto te quiso; por esos tiernos niños que dejas sin madre, ¡sin madre!, sin lo más grande y más puro que existe en el mundo; por tu amadísimo hermano, nuestro Rey, que en ti tenía adoración, por todos los tuyos y por este pueblo que te quiso infinitamente, porque en ti vió la mujer ideal, resumen y compendio de la perfección; aparte de tu regia familia el cáliz del dolor, y tú á quien Dios no negará nada, pide por España, por esta España á la que dedicaste tu cariño y que te correspondió elevándote un culto fervoroso desde el fondo de su corazón.

¡Descansa en paz, noble Princesa, y mira siempre benévola y misericordiosa á los que nunca se olvidarán de ti, Infanta buena, Infanta sin mancilla, Infanta santa...!

Oscar Nevado.

Los honores póstumos que gustaban á la Infanta.

No nos extrañó cuando lo supimos. El testamento de S. A. la Infanta Doña María Teresa, dispone que á su muerte no se le dedicasen coronas ni se le hiciesen agasajos análogos, rogando que se emplease ese dinero en misas en sufragio de su alma.

El calvario de una Reina.

Al salir del palacio de los Infantes, impresionado por el duelo de la Real familia, el señor Canalejas expresó ayer, con una frase de Ayala, el hondo quebranto de que se hallaba poseída la Reina madre, diciendo que parecía la estatua del dolor... Aún hubiera podido añadir que era el dolor mismo, personificado, para mayor grandeza, en la doliente figura de una excelsa Reina.

Tiene doña María Cristina sobrados títulos que la hacen acreedora al respeto, á la consideración y á la gratitud del pueblo español. Pero, entre todos ellos, resaltará siempre, escrito con lágrimas, el de sus grandes penas, el de sus inmensas amarguras. ¡Ha sufrido tanto!

Su vida, desde la noche infausta de El Pardo, en que vió desvanecerse de repente todos los sueños de felicidad que alegraran su espíritu al unirse con D. Alfonso XII, ha sido un calvario, una cadena de infortunios. Allí, junto al cadáver del esposo amado, empezaron sus inquietudes, sus desvelos, sus sufrimientos, que al cabo de veintisiete años aún continúan angustiando el corazón de esta augusta dama.

Vivo está en la memoria de todos el recuerdo de los trances difíciles y de las situaciones dolorosas por que ha pasado.

En los primeros años de la Regencia tuvo que atender al mismo tiempo á las graves cuestiones de Estado y al cuidado de la sa-

caso la Reina doña María Cristina consuelo á su quebranto; pero la paz del espíritu affigido, el reposo del alma conturbada, sólo Dios, que tomará en cuenta su martirio, podrá proporcionárselo.

La Infanta D.^a Eulalia

Según nuestras noticias, el próximo lunes llegará á Madrid S. A. la Infanta D.^a Eulalia, que viene á esta corte con el exclusivo objeto de acompañar en estos momentos de tan grande aflicción á la Real familia.

Encontramos muy natural esta determinación de la Infanta Eulalia, dada su exquisita manera de sentir.

EL PUEBLO Y NUESTRO EXTRAORDINARIO

El extraordinario que hicimos el martes como homenaje á la memoria de la inolvidable Infanta Doña María Teresa (que en gloria esté), ha obtenido en el pueblo un éxito mayor, bastante mayor, del que nosotros pudimos calcular.

Sabemos bien cómo, á pesar de las constantes predicaciones revolucionarias y disolventes, se mantiene firme el amor del pueblo á la dinastía, con la que está identificado, y

y pequeñas preocupaciones de entonces, y María Teresa correspondía á su cariño con otro más entrañable todavía.

De niño y de hombre fué la confidente de todas sus alegrías y de todas sus penas; ella la primera alentó sus ambiciones de Monarca, la que confortó su corazón de hombre enamorado, la que participó en su alegría de padre; y ese corazón tan bien preparado para la noble misión de la maternidad se desarrolló plenamente al ver cumplidos sus más nobles anhelos, al ver coronada su vida con el bello fruto de su amor.

Esclava de la maternidad, ha muerto víctima de ese cariño, que antes la proporcionara dichas tan grandes.

La Providencia sabia del Padre Omnipotente ha evitado al tierno corazón de la Infanta el conocimiento de la terrible despedida, ha evitado á su alma hermosa la conciencia de tan terrible separación.

Velará desde el cielo sobre los suyos; pero hoy su cuerpo rígido no responde á los clamores que rodean su lecho de muerte. Ella, que estaba siempre alerta al menor ruido de su hogar; ella, que vivía para dar alegría y vida á sus hijos, desoye para siempre sus tiernos lamentos; ella, á cuyo lado nadie lloraba, porque de todos era consuelo, yace, imperturbable y serena, sorda á las voces de los seres amados, con ese aspecto impasible y solemne de los que han pasado á la vida nueva, á la vida desconocida, de los que llevan impreso en el semblante el sello augusto de la muerte.

¡Pobre madre dolorida, pobres marido y hermano, pobres Infantitos, sobre todo! Hijos adorados de la que os dió la vida, sobre vuestras tiernas cabecitas rubias no se inclinará más la de vuestra madre; vuestros ojos no contemplarán su rostro bondadoso; vuestros oídos no oirán su voz amante; no guiarán vuestros pasos inseguros sus manos bellas de mujer fuerte.

El palacio de la Cuesta de la Vega cerró sus puertas á la alegría, porque falta en él la vida y flor más bella: ¡falta la madre!...

Y somos los primeros en armonizar nuestra emoción con la emoción del pueblo, que vió en toda ocasión en la Infanta María Teresa como un lazo de unión entre él y las más altas esferas del Poder nacional.

He ahí su gran triunfo.

Su vida es digna de la biografía, porque fué una vida ejemplar; su tránsito final arrancará lágrimas á todos los ojos y emocionará á cuantos sean capaces de emoción.

No hubo Asociación benéfica en que su nombre augusto no figurase, como ejemplo y como auxilio; no hubo festival benéfico que ella no patrocinase, con su presencia y con su óbolo. Y siempre igual: atenta, bondadosa, sonriente, irradiando una pasmosa simpatía de su figura y de su palabra, y así fué en todo tiempo consuelo de afligidos y bálsamo que cicatrizaba las más sangrientas heridas mortales.

La anécdota apenas si tiene espacio en su breve vida. La historia se compone de anécdotas superpuestas, y ya hemos dicho que la biografía de la Infanta María Teresa es una línea recta cuyo fin estaba en el bien y en la caridad.

Bella y noble fué su existencia; trágica, inesperada, fatal fué su muerte.

España está de luto; y ahora cuando todos recordamos su aspecto de nobleza admirable, sus dotes caritativas, su modestia, ¿qué necrología podríamos dedicarle si no es esta?

¡Descanse en paz la dama que sólo pensó en hacer el bien, y que para aumentar la tristeza de los desamparados muere sin ver terminada su obra!

La popularidad de la Infanta.

Como prueba de la bondad del carácter de la ilustre Infanta, qué tan inesperada y prematuramente ha rendido el triste y fatal tributo que todos debemos á la ley inexorable de la muerte, y su exquisito y delicado espíritu, recordaremos un hecho que basta por sí solo para demostrar la justicia con que el pueblo español la distinguía con sus simpatías y sus afectos.

Algunos años antes de la mayoría de edad de su augusto hermano Don Alfonso XIII, la Reina Regente, doña María Cristina, acompañada de sus hijos, realizaba un viaje por algunas provincias de Levante.

En la capital de una de ellas, el recibimiento oficial fué extraordinario; muchos arcos de triunfo, gallardetes y guirnaldas, balcones engalanados, y en ellos damas elegantísimas,

que agitaban la blanca batista de sus pañuelos al paso de la comitiva regia.

Pero nada más; en las calles donde se apiñaba la multitud reinaba únicamente un silencio respetuoso.

En uno de los puntos más céntricos, desde un Círculo, se lanzan multitud de palomas al paso de los carruajes que conducían á la familia real.

loma sobre su pecho; depositó sobre ella con sus labios purísimos varios besos, y mostrándola cariñosamente al público parecía expresar que en aquel acto de afecto comprendía al pueblo.

Este, con su gran sentido, así lo comprendió, y un gran clamoreo primero, un estruendoso aplauso después y entusiásticos vivas á María Teresa y á la Reina Regente, por últi-



S. A. el Infante D. Fernando, cuyo dolor comparten hoy todos los españoles.

Una de aquellas llegó aleteando, alegre, adornada con lazos de colores nacionales, á rozar casi la frente de la Infanta María Teresa. Su Alteza no tuvo que hacer más que extender los brazos para apresarla en sus manos. La paloma era blanca; emblema de la pureza.

La Infanta retuvo breves instantes á la pa-

mo, rompió el hielo de aquella muchedumbre curiosa, pero indiferente.

Doña María Teresa, al contrario que su augusta hermana doña María de las Mercedes, no temía á lo que pudiera decir de ella Mencheta en *La Correspondencia de España*.

Su mayor temor era el disgustar á su augusta madre. ¡Era un ángel!

La cultura de la Infanta.

La malograda Infanta doña María Teresa era una de las princesas más cultas de Europa.

De niña su afición al estudio se estimulaba con sólo decirle que con ello daría una satisfacción á la Reina, y entonces se esmeraba cuanto podía por conseguirlo.

En la época en que el Rey se dedicaba con preferencia al estudio no era raro ver en muchas ocasiones al Monarca y á la infantita repasando juntos sus lecciones.

La Infanta María Teresa aprendió francés, inglés y alemán, y escribía y hablaba correctamente estos idiomas. Su cultura era extraordinaria, y de ella se maravillaban no hace mucho tiempo las personas que tuvieron ocasión de estar presentes en las visitas hechas á los Museos por las archiduquesas de Austria, á quienes acompañaba Su Alteza.

La augusta dama era además excelente pianista, dibujaba y pintaba al óleo y á la acuarela y bordaba y ejecutaba primorosas labores.

Dicen las personas que vivían á su lado que la Infanta María Teresa era la primera que acudía en las alegrías y la última que se separaba en los momentos de pena. De cómo participaba de los sentimientos de los que la rodeaban puede dar idea lo ocurrido en San Sebastián cuando la muerte del infantito hijo del Infante D. Carlos. Día y noche permaneció junto á la cuna del niño, sin que hubiera medio de conseguir que dejara su puesto.

Se trataba en este caso de una persona de la Familia Real; pero hay otro caso que citar:

En el veraneo de la Corte en 1905 se recibió en San Sebastián la noticia de que un allegado muy próximo á la condesa de Mirasol se hallaba gravemente enfermo.

La Infanta subió en persona á comunicarlo, con las mayores precauciones, la desagradable nueva á la ilustre dama, y como el tren en que ésta había de ir hasta el punto en que se hallaba el enfermo no salía hasta hora muy avanzada de la madrugada, hasta entonces permaneció Su Alteza sin acostarse, sin separarse de la condesa de Mirasol y rezando al lado de la angustiada señora.

La augusta hermana del Rey conocía por sus nombres á los individuos de las familias de todos los empleados y servidores de la Real Casa, por ínfima que fuera su categoría, y se hallaba al tanto de sus necesidades, no siendo extraño ya que al encontrar un guarda del Patrimonio mandase parar el coche y cariñosamente preguntara al interesado por uno de sus hijos que se hallase enfermo por el accidente que sabía le había ocurrido, por algo, en fin, que el modesto servidor estaba muy lejos de sospechar que pudiera recordar tan al detalle la simpática infantita.

La huelga de los ferroviarios

en la red catalana.

Al fin, y después de muchas dudas y vacilaciones, se declaró la anunciada huelga.

No ha dejado de llamar la atención la persistencia en su acuerdo de los directores del movimiento frente á la opinión, no sólo de republicanos y socialistas, sino de la manifestada clara y repetidamente por los obreros de todas las Compañías, á excepción de los de la red catalana.

A las doce de la noche del 25 empezó la huelga sin incidente notable. Algún tren conducido por militares, como el tren correo de Francia, que salió á las nueve y cuarto para Port Bou, fué silbado.

Muchos jefes de estaciones permanecían en sus puestos, y no pocos empleados les secundaban al frente de sus servicios.

A última hora la huelga tiende á agravarse. Los ferroviarios de las secciones aragonesas de las líneas del Norte, M. Z. A., Utrilla y Cariñena acordaron la huelga y notificaron el acuerdo al gobernador de Zaragoza. Los ferroviarios del Norte, sección catalana, también secundan la huelga y los de la compañía del Sur de España por el asunto del capataz van igualmente al paro.

Imp. de A. Marzo. S. Hermenegildo, 32dup.

No extrañen nuestros lectores que prescindamos en este número, de noticias políticas; pero nuestro ánimo conturbado no se aviene á menos, y esto es bien poco y bien modesto, que á dedicar un segundo homenaje á la memoria de la inolvidable Infanta Doña María Teresa. Únicamente damos una ligerísima impresión de la huelga.

Nuestro Director agradece infinito las demostraciones de sentimiento popular que han llegado hasta nuestra Redacción, las que evidencian el gran cariño que tenía el pueblo para la nunca bastante llorada Infanta.